

LA BONANZA DEL CAFÉ

LEONARDO MORA ARIAS

Con el aumento de los precios del petróleo se habló en los países productores de bonanza económica. En Venezuela ya nos habituamos al término: bonanza petrolera.

En el caso del aumento en los precios del café, no se utilizan las mismas palabras. Se hace referencia a la crisis del café, la escasez y la carestía. Mientras los buenos precios del petróleo se saludan con júbilo, vale la pena preguntarse: ¿Por qué los buenos precios del café no reciben idéntico tratamiento? ¿Por qué no hablar de la bonanza cafetalera en lugar de la crisis? A pesar de la tradición de Venezuela como país productor de café, el rompimiento con el pasado ha sido tan rotundo que hoy se olvida fácilmente el compromiso pendiente con los 500 mil compatriotas dedicados a la producción del grano apetecido por todos.

Para entender mejor la bonanza cafetalera, nada mejor que hablar del desastre.

RAICES HISTÓRICAS

A mediados del siglo diecinueve se produce en el país un hecho trascendental: la libertad de los esclavos. A partir de este momento entra en quiebra la economía del cacao y surge el café como sostenedor de la economía venezolana. Corresponde al café frente a ese desenlace histórico evitar el retroceso absoluto del país y su virtual disolución por falta de una fuerza dinámica que asegurara por la vía de las importaciones, la satisfacción de las necesidades más elementales de aquella colectividad semicivilizada. La aparición y el auge de las siembras de café le abre a Venezuela las puertas del desarrollo capitalista. El café es el instrumento, es el mediador en ese trance histórico que lleva al país de un medio de producción esclavista, a un incipiente capitalismo de profundas raíces feudales. A la economía del café le correspondió enterrar ese pasado de hombres esclavos y abrir el aliciente de un desarrollo distinto. Comienza a surgir una nueva Venezuela, localizada en las regiones cafetaleras, basada en el orden, el progreso y una relativa justicia; frente a otra Venezuela engolfada en la vorágine de la guerra entre caudillos personalistas, donde campea el latifundio como máximo exponente de la explotación y el estancamiento.

El trance era difícil y el capitalismo cafetalero no podía romper por sí solo aquellas estructuras fortalecidas por la Guerra Federal, que había dejado como epílogo inmediato la transformación de sus caudillos en terratenientes.

En aquella etapa embrionaria del capitalismo venezolano, la ausencia de la clase obrera por una parte, y la presencia de una burguesía parasitaria y hostil, de la otra, contribuye a malograr el efecto del café. Bajo el signo del acoso, no sólo en la producción, en los precios y en la comercialización, el café debe soportar además sobre sus espaldas la agobiante carga de la deuda exterior. Entre 1860 y 1920

el país exportó café por valor de unos 2.500 millones de bolívares. Este volumen de divisas se invirtió una parte, en el pago de intereses y amortización de la deuda exterior, y la otra parte, se diluyó en las manos de una administración despilfarradora e imprevisiva. Finalmente debemos señalar que con la naciente economía del café, el capitalismo venezolano adquiere su característica fundamental de todos los tiempos. Junto a los caficultores austeros, esforzados y emprendedores, chupándoles la sangre, engordan unos comerciantes usureros que acumulan ingentes capitales. Los señores Blomh, Breuer o Vandissell llegan a controlar desde el Puerto de Maracaibo toda la región occidental, en esa época la única próspera que existía en Venezuela. Esas casas aplicaron como política, la chaqueta de fuerza, sobre dos generaciones de cosechadores de café. Bajo este signo crecerá el capitalismo en Venezuela y en lugar de empresarios progresistas tendrá siempre comerciantes ávidos de rapiña.

En medio de tantas calamidades, también el café debe soportar la dolencia más dura y constante, las frecuentes oscilaciones de los precios que con el paso de los años llega a convertirse en enfermedad crónica. Entre 1860 y 1865 el nivel de los precios cafetaleros osciló alrededor de los 70 bolívares por saco. En el año 1900 se acentúa la depresión y los precios caen a 38 bolívares por saco. Viene a continuación una leve reanimación en las cotizaciones que logran mantenerse en 50 bolívares hasta que finaliza la Primera Guerra Mundial. Es aquí realmente, en este lapso de veinte años, donde debemos encontrar la explicación de la quiebra del café y no, como se ha dicho siempre, en la aparición de la industria petrolera. Cuando los campesinos andinos y de otras regiones productoras inician el éxodo, lo hacen empujados por la situación de crisis que viven desde mucho antes de la aparición del petróleo. Veinte años

de estancamiento son más que suficientes para liquidar cualquiera rama de la producción.

Desde comienzos de este siglo, los pioneros de las plantaciones comienzan a emigrar hacia otras actividades y con ellos marchan también los mejores jornaleros. Las haciendas de café van siendo traspasadas a personas de menor acometividad, brío y tenacidad. En verdad el petróleo no provoca esta tendencia sino que la acentúa.

REALIDAD Y DESFACHATEZ

En Venezuela, la escasez y carestía de café tiene su causa en la falta, o mejor, en el fracaso de la política oficial. Se habla y se insiste mucho sobre las posibles consecuencias que en nuestro país tienen las heladas habidas en el Brasil a mediados del año 1975, que redujeron la producción de aquel país de 23 millones de sacos a sólo 9.5 millones de sacos en el año 1976-77. Esta escasez provocada por las heladas necesariamente debía dejar sentir sus efectos en Estados Unidos y en los países europeos, importadores habituales del mercado brasileño, pero, para el consumidor venezolano, esa baja en la producción no debería repercutir creando escasez.

Hace apenas unas décadas Venezuela ocupaba el segundo lugar como productor mundial de café. De este puesto fue desplazada primero por Colombia y posteriormente por otros países productores hasta ocupar el puesto número quince que hoy ostenta. Pero nuestra tradición de país productor y exportador de café, avala suficientemente nuestra capacidad para satisfacer las necesidades actuales del consumo interno.

¿Dónde encontrar entonces la razón de la escasez, sino en la equivocada política oficial sustentada durante decenios?

Nuestra caficultura siempre padeció de una vieja dolencia, el abandono y el marginamiento. Situación provocada por la alteración constante entre altos y bajos precios, pero principalmente por la desidia de los gobernantes de turno.

En su inmensa mayoría son pequeños y medianos productores los que se dedican al cultivo del café. El gremio más abandonado y pobre del país es el de los campesinos que cultivan y cosechan en las faldas de las cordilleras venezolanas unas matas de café. Forman el sector campesino más numeroso ya que agrupa a más de 80 mil familias que cultivan una extensión de 258 mil hectáreas. El 80 por ciento de estas familias cultivan fincas con extensión de dos hectáreas en promedio. Para estos campesinos pobres no hay subsidios, ni Fondo de Inversiones Agropecuario. Para estos campesinos pobres sólo

hay caminos abandonados, casas desven-
cijadas, plantaciones envejecidas.

El 50 por ciento de estas fincas no
tienen vías de acceso.

El 74 por ciento utiliza tracción
animal.

El 95 por ciento de los caficultores
no han recibido asistencia técnica.

El 99 por ciento no han realizado
cursos de mejoramiento.

El 88 por ciento no han recibido
créditos.

El 90 por ciento no poda los cafetos.

La mayoría de las plantaciones tie-
nen entre 80 a 100 años de existencia.

Frente a esta realidad dibujada en
cifras, las heladas del Brasil resultan una
"pelusa", se convierten en rebuscado ar-
gumento de descarado cinismo. En marzo
el Ministro de Agricultura y Cría decía lo
siguiente: "La actual escasez de café no es
culpa del Gobierno, como se quiere hacer
ver por personas interesadas". Más adelan-
te apuntaba en su declaración: "cuando
se critica la escasez de café en el país, se
hace con un profundo desconocimiento
del proceso productivo y de las circuns-
tancias". Y para cerrar su desventurada
declaración, el Ministro Contreras Barbo-
za dice: "se pretende culpar al Gobierno
de una causa, de un hecho que no realiza,
porque el Gobierno no produce café, sino
los agricultores" (Diario de LA NACION,
28.3.77).

Como bien se desprende de esta de-
claración, el Gobierno espera que esas
80 mil familias que viven en las condicio-
nes infrahumanas descritas, le produzcan
al país el café que necesita para cubrir sus
necesidades. Tal pretensión, nos lleva al
convencimiento de que es en definitiva el
Gobierno quien a través de sus voceros
demuestra desconocer la realidad de la ca-
ficultura nacional, y no, como señalaba el
Ministro, quienes hemos roto lanzas en
defensa de los caficultores.

La actual escasez de café ha servido
para mostrar una vez más la realidad de
nuestra caficultura. Ya no se produce ni
para el consumo nacional. Los paños ca-
lientes, las cataplasmas que los gobiernos
de turno le aplican, no ha servido en las

actuales circunstancias para tapar esa tris-
te y dura realidad.

EL 2047: UN DECRETO FUNESTO

En Venezuela la productividad de
las fincas de café es muy baja. Decíamos
anteriormente que el 80 por ciento de las
fincas son de dos hectáreas en promedio.
Los rendimientos anuales alcanzan a cua-
tro quintales por hectárea. Si cada quintal
tiene 46 kilos, se establece que la produc-
ción es de 184 kilogramos por hectárea.

Calculemos los ingresos por finca,
primero con los precios de 1975 y luego
con los precios actuales. Esto nos permiti-
rá conocer la miseria en que viven los
campesinos caficultores.

PRECIO E INGRESOS POR FINCA DE 2 Ha. (368 Kg.)

	Precio (Bs./Kg.)	Ingresos (Bs.)
Junio 1975	3.00	1.104
Marzo 1977 (decreto 2.047) (lo que recibe el caficultor)	13.50	4.968
Marzo 1977 (decreto 1.413) (cotización de Nueva York)	27.00	9.936
Sobreprecio o remanente que establece el decreto 1.413 (cotización de Nueva York menos lo que recibe el caficultor)	13.50	4.968

CURIOSIDADES DE LA INDUSTRIA CAFETALERA

Dentro de la crisis mundial de la energía como tema
preocupante de los últimos años, hay que situar el café. Si
el petróleo con cada barril reanima y mueve los engranajes
de la producción, el café activa y renueva las energías espiri-
tuales y nos reconcilia a cada sorbo con la vida.

Tal vez muy pocos lo saben, el café es el segundo pro-
ducto después del petróleo, en el comercio mundial. Se cul-
tiva en doce países latinoamericanos, en nueve africanos y
en tres asiáticos. Está sometido a los más variados fenóme-
nos o acontecimientos: puede ser diezmado por las heladas
como en el caso de Brasil; puede sufrir las consecuencias de
la guerra, como en el caso de la independencia de Angola; o
ser devastado por las enfermedades, como la "roya del cafe-
to", en el caso de los países centroamericanos.

Muy a pesar de ser el segundo productor en el merca-
do mundial, los bajos precios siempre han signado su histo-
ria. Resulta curioso revisar las cifras, especialmente la de los
países productores para encontrar la más variada gama de
precios.

PRECIOS NACIONALES PARA CAFE DE BUENA CALIDAD

Nación	Dólares/Kilogramo
Brasil	4.60
Colombia	3.43
Costa Rica	1.47 (diferencia abismal)
Guatemala	11.00 (caso sorprendente)
Nicaragua	4.00
Perú	4.65
Venezuela	2.67 (a costillas de los caficultores).

Como se puede apreciar, las naciones productoras tie-
nen precios para todos los gustos. ¿Cómo encontrar una ex-
plicación lógica, por ejemplo, a la diferencia abismal de pre-
cios entre Costa Rica y Guatemala, dos naciones casi veci-
nas?

Pero hay otras curiosidades no menos interesantes
que las anteriores. Por ejemplo, el consumo anual por ha-
bitante en los países productores.

CONSUMO ANUAL POR HABITANTE Kg.

Brasil	12	
Colombia	18	
Costa Rica	20.8	(Record mundial)
Guatemala y		
El Salvador	6.5	
Honduras	12.0	
Nicaragua	7	
Perú	5	(promedio anual para los países europeos)
Venezuela	4	

El país que en América Latina paga más por un kilo
de café, es Chile, con 16 dólares, seguido por Argentina con
13.03 dólares.

Con respecto al valor de una taza de café podemos si-
tuar dos polos: Bogotá y Bruselas. Mientras en Bogotá una
tacita de café de baja calidad cuesta siete centavos de dólar,
en Bruselas, el obrero debe pagar sesenta y dos centavos.
Bogotá y Bruselas configuran el menor precio que se paga
en América y el mayor que se paga en Europa, pero entre
uno y otro punto de la geografía, surgen centenares de va-
riantes, como el caso de Costa Rica que está fuera de serie.

La diferencia de 4.968 bolívares no la está recibiendo el caficultor. Con el decreto 2047 se establece el despojo de ese sobreprecio o remanente. Según el decreto 1413 el caficultor debería recibir el precio según las cotizaciones de la Bolsa de Nueva York, como había sido siempre, claro está deduciendo los gastos de comercialización. Pero a partir de marzo de 1977, con el decreto 2047, esa diferencia es descontada, lo cual significa un despojo que no está conforme con el Estado de Derecho.

La situación creada por el decreto 2047 resulta paradójica ya que mientras el Gobierno impide el aumento o "sinceración del precio" del café para el consumo, sin ser un artículo de primera necesidad; por otra parte, en sucesivos decretos ha elevado el precio de la leche, que sí es un artículo de primera necesidad, desde un bolívar a dos bolívares el litro. De aceptar el público consumidor esto como una sugerencia del Gobierno, habría que darle a los niños teteros de café en lugar de teteros de leche.

¿Qué le han hecho los campesinos caficultores al actual Gobierno para reprimirlos en forma tan brutal? ¿Será por su condición de campesinos pobres? Con sorpresa podemos ver que no ocurre lo mismo con los productores de leche, donde se agrupa la burguesía agraria, protegida del sistema y de manera muy especial del Ministro Contreras Barboza.

La condición de pobreza de los caficultores queda plenamente reflejada en los ingresos que perciben de sólo 414 bolívares mensuales y eso a los precios actuales. Con ese dinero deben atender a los gastos de mantenimiento y producción de sus fincas y además al sostenimiento y educación de sus familias.

UNA CAMPAÑA INSOLITA

Finalmente podemos señalar como complemento a la situación descrita y a los efectos desastrosos del decreto 2047, la actitud asumida por voceros del Gobierno al propiciar una campaña contra el consumo de café, acuñando el slogan "En lugar de café, tome tiló, té, manzanilla o linaza".

SINTESIS DE UNA POLITICA

La verdadera esencia de la política oficial hacia los caficultores puede resumirse en tres puntos:

En primer lugar mantenerles el acceso económico, negándoles asistencia de todo tipo.

En segundo lugar, descontándoles la mitad del valor de la cosecha, lo cual constituye un despojo, desde todo punto de vista injustificable.

Y en tercer lugar, es necesario seña-



lar la campaña iniciada por el propio Gobierno con un llamamiento para no consumir café.

VIRTUDES DEL CAFE

Hasta aquí hemos reseñado el desastre de nuestra producción cafetalera. Digamos ahora algo sobre las virtudes del café.

Para Venezuela el café constituye durante un siglo la única fuente de riqueza, por cuya razón se convierte en símbolo de nuestra independencia económica al salvarnos de la desaparición. La economía del café propicia el desarrollo cultural. Proteje los manantiales y los cursos de agua así como los suelos. Impide que la acción del agua y el viento transforme en desierto los sitios cubiertos por su sombra. Sus raíces amarran el suelo y lo enriquecen con sus hojas muertas. Pero además, cada año, nos entrega el valioso grano, el mismo por cuya escasez, el obrero, el estudiante, el empleado, la ama de casa, recorren los abastos y las cafeterías sintiéndose muy felices si logran reconciliarse con la vida al saborear un sorbo de café.

La historia del café está llena de realidad y leyenda, de curiosidades y paradojas; es, como otros alcaloides, un excitante del corazón y del cerebro, donde origina agilidad mental, viveza y lucidez.

PERSPECTIVAS PARA EL CAFE

Veamos las perspectivas que ofrece el café desde el punto de vista de los productores, o sea, el de los campesinos, que es el más sano y el que realmente interesa. Para el año 1978 se acentuará la escasez, presionará la demanda y subirán los precios. La recuperación de los cafetales, afectados, en el caso del Brasil por las heladas; en Centroamérica, por "la roya del cafeto"; en Angola, por la guerra de liberación e igual situación vive Etiopía;

y en Uganda, por la presencia del Mariscal Amin quien hace por todos los flageolos juntos; esa recuperación no va a producirse de la noche a la mañana.

Los expertos concuerdan en un punto: la bonanza del café no ha hecho sino comenzar; las alzas habidas fueron desencadenadas en previsión de una escasez que realmente aún no se produjo, dado que las existencias almacenadas permitieron compensar las bajas en la producción.

Según el Director de comercialización del Instituto Brasileño del Café (IBC), "1978 será el año difícil, hasta ahora la espiral de las cotizaciones no ha hecho disminuir el consumo. Seguimos sin saber a partir de qué umbral los precios resultan insostenibles para los consumidores" (LE MONDE, 14.4.77).

Para respaldar su política cafetalera las autoridades del Brasil trasladaron mil millones de dólares para la plantación de 600 millones de cafetos tan productivos —debido a las nuevas técnicas como los 900 millones de matas perdidas en 1975. Este plan de recuperación iniciado hace dos años, debe concluir este año y dar frutos a partir de 1979. La política de los militares brasileños hacia la caficultura es clara y con objetivos precisos. ¿Podemos pensar y esperar lo mismo de los democráticos gobernantes venezolanos?

Las divisas del café han servido para reanimar, parcialmente, el tambaleante "modelo brasileño de desarrollo". El café deja de ser, cada vez más, un artículo de consumo, para tornarse exclusivamente en producto de exportación. Esto viene como consecuencia de que los precios internos evolucionan paralelamente a los internacionales. Solamente en Venezuela no se cumple esta ley económica. Aquí los precios son producto del capricho, o mejor, de la demagogia.

Finalmente señalemos que el nivel de vida de los trabajadores del café, no mejorará en absoluto con el "boom" del producto. Los mejores precios beneficiarán a los grandes productores y a los intermediarios (generalmente empresas transnacionales). La suerte de los caficultores pobres en Venezuela o de los "boias frias" en el Brasil, no va a cambiar.

En medio de todas las vicisitudes que en los países productores les corresponde vivir a los caficultores, en las actuales circunstancias tienen motivos suficientes para bendecir la catástrofe que significó una avalancha de divisas, cuya afluencia lamentablemente no será eterna.

De todas maneras, "El café no volverá a ser un producto barato, demasiado barato, como lo fue siempre".

Tovar, junio de 1977.